



# U n a L e c c i ó n P a r a P e d r i t o

Una mañana hermosa mientras Pedrito desayunaba, su mamá le contó que hoy iban a salir. Él le rogaba a ella y a su hermanita, Carolina, que le dijeran a dónde iban.

Carolina le dijo: “Yo tampoco sé. Mamá dice que es un secreto y piensa que yo lo contaría. Ella me llama su querida Charlatanita. Lo único que sé es que tenemos que estar listos a las diez en punto.”

“Pues supongo que voy a saber de aquí a las nueve”, contestó Pedro. “¡Vaya! Viene Carlitos. Le prometí mostrarle una cosa que estoy haciendo en el taller.” Con eso Pedrito agarró su reloj, dijo: “Me da tiempo todavía para terminar mi barrilete.”

De vez en cuando Pedrito miraba a su reloj pero siempre decía: “Tengo unos minutos todavía.” De repente, se asustó porque el reloj marcó las diez y tres minutos. Agarró su sombrero y echó carrera hacia la casa. Cuando ya casi sin poder respirar, entró en la sala su reloj marcó diez y diez. Mamá y Carolina no se encontraban.

Sin poder imaginar lo que había pasado y seguro de que Carolina estaba todavía, “llamó: “Carolina,” pero nadie contestó. “Mamá,” llamó enseguida y corriendo entró en su cuarto pero ella tampoco estaba. Salió de la casa y miró por la calle. Tampoco las halló.

“¿Porqué no me dijeron a dónde iban? Yo podría alcanzarles si supiera a dónde iban. Ya ni sé por dónde buscarlas”, dijo Pedrito refunfuñando.

Precisamente por esta costumbre fea de Pedro de llegar unos minutos atrasados y tratar de hacer todo corriendo al último momento, Mamá no le había dicho el lugar a dónde iban. Había dispuesto a darle una buena lección acerca de la importancia de la puntualidad y de atender órdenes.

Su mamá había dispuesto a visitar a su hermana quien vivía en el campo en una finca pero no se lo había contado a los hijos. Pedro y Carolina habían visitado a su tía una vez y habían pasado unos días muy alegres. Jugaron en el campo, se bañaron en el río, buscaron los huevos en el gallinero, dieron de comer a las vacas y aun se montaron en los caballos. Vivían rogando a su madre que los llevase otra vez, pero por sus muchos quehaceres Doña Chila no había podido salir hasta hoy.

Pobre Pedro cuando se dio cuenta de que su madre y Carolina habían salido sin él se puso muy triste. Le dio vergüenza dejar que Maruca, la sirvienta, viera sus lágrimas. Así dispuso regresar a su juego en el taller. Seguramente al no más regresar, Carolina le buscaría y le contaría todo. Se quedó jugando hasta la hora del almuerzo.

Maruca le llamó para decirle que ya estaba servida la comida. Ella había trabajado para la familia desde hacía años y conocía muy bien las malas costumbres de Pedro. Doña Chila le había

encargado no decirle a Pedro a dónde habían ido hasta la hora del almuerzo. Maruca se fijó en la tristeza de Pedro cuando él entró en el comedor y vio sólo un plato en la mesa. Pobre Pedro comió callado, pero cuando por fin Maruca le sirvió la sobremesa, le preguntó por qué mamá no había regresado.

“Oh, Pedrito. Tu mamá no regresa hoy; tampoco mañana. Viene hasta el lunes. Ella y Carolina se fueron a la finca para visitar a tu tía.”

“¡A la finca!” gritó Pedro. “¿Se fueron a la finca y no me llevaron a mí?”

Pedro no pudo aguantar la tristeza que estas palabras le causaron. Dejó caer su cucharrita y se fue corriendo a su cuarto. Se echó sobre la cama y lloró amargamente. Cuando por fin se consoló un poco, se acordó que su madre le había encargado estar exactamente a las diez en punto. Esta era la hora en que tendrían que salir para tomar el tren de las diez y media.

Pedro se dio cuenta de que era una buena lección que su madre le había dado y decidió de una vez por todas, que de aquí en adelante él iba a ser puntual y atender órdenes al pie de la letra.

El lunes cuando su mamá y Carolina regresaron a casa, Pedro con alegría salió corriendo a saludarlas y mamá se dio cuenta de que Pedro había aprendido la lección que ella había sido obligada a dar a su hijo tan informal.

- del *Ernest Christian*.

